

EL TUMULTO

HISTORIADOR POPULAR

México - Querétaro. Año I. Segunda Epoca. Número Especial junio 1988

Ramón López Velarde en su Centenario

Montaje y textos de Hugo Hiriart y Vicente Quirarte

Desde su niñez en la Arcadia que era el Jerez de la paz porfiriana, Ramón López Velarde aprendió a mirar a México con la pasión contradictoria y su tendencia a las realidades encontradas que dominó toda su vida. Una noche de 1916 el poeta vuelve al terruño en busca de fantasmas. La Revolución lo ha cambiado a él, ha cambiado su Edén y ha cambiado su fe. Tal vez, mientras caminaba por los espacios intocados de su niñez, recordaba el asesinato de su tío, el sacerdote Inocencio López Velarde, por los villistas que tomaron Zacatecas en 1914. Entonces escribió este poema:

EL RETORNO MALÉFICO

Mejor será no regresar al pueblo,
al edén subvertido que se calla
en la mutilación de la metralla.

Hasta los fresnos mancos,
los dignatarios de cúpula oronda,
han de rodar las quejas de la torre
acribillada en los vientos de fronda.

Y la fusilería grabó en la cal
de todas las paredes
de la aldea espectral,
negros y aciagos mapas,
porque en ellos leyese el hijo pródigo
al volver a su umbral
en un anochecer de maleficio,
a la luz de petróleo de una mecha
su esperanza deshecha.

Quando la tosca llave enmohecida
tuerza la chirriante cerradura,
en la añeja clausura
del zaguán, los dos púdicos
medallones de yeso,
entornando los párpados narcóticos,
se mirarán y se dirán: "Qué es eso?"

Y yo entraré con pies advenedizos
hasta el patio agorero
en que hay un brocal ensimismado,
con un cubo de cuero
goteando su gota categórica
como un estribillo plañidero.

Si el sol inexorable, alegre y tónico,
hace hervir a las fuentes catecúmenas
en que bañábase mi sueño crónico;
si se afana la hormiga;
si en los techos resuena y se fatiga
de los buches de tórtola el reclamo
que entre las telarañas zumba y zumba;
mi sed de amar será como una argolla
empotrada en la losa de una tumba.

Las golondrinas nuevas, renovando
con sus noveles picos alfareros
los nidos tempraneros;
bajo el ópalo insigne
de los atardeceres monacales,
el lloro de recientes recentales
por la ubérrima ubre prohibida
de la vaca, rumiante y faraónica,
que al párvulo intimida;
campanario de timbre novedoso;
remozados altares;
el amor amoroso
de las parejas pares;
noviazgos de muchachas
frescas y humildes, como humildes coles,
y que la mano dan por el postigo
a la luz de dramáticos faroles;
alguna señorita
que canta en algún piano
alguna vieja aria;
el gendarme que pita...
... Y una íntima tristeza reaccionaria.



oración continua inventada por San Silvano. La miramos hecha para la vida de cada uno. Individual, sensual, resignada, llena de gestos, inmune a la afrenta, así la cubran de sal. Casi la confundimos con la tierra."

Pero la Revolución no cambiaba sólo la riqueza de unas manos a las otras, sino provocaba cismas en la conciencia, alteraba las perspectivas de una sociedad que había vivido en "el placer y la soberbia" de su semisatisfacción comodina. La poesía de López Velarde lleva a la práctica una nueva moral amorosa y anticipa las nuevas leyes en el tablero de los juegos eróticos que la Revolución indirectamente dictaba:

"El tigre medirá un metro. Su jaula tendrá algo más de un metro cuadrado. La fiera no se da punto de reposo. Judío errante sobre sí mismo, describe el signo del infinito con tan maquinal fatalidad, que su cola, a fuerza de golpear contra los barrotes, sangra de un solo sitio.

El soltero es el tigre que escribe ochos en el piso de la soledad. No retrocede ni avanza.

Para avanzar, necesita ser padre.

Y la paternidad asusta porque

sus responsabilidades son eternas.

(...) Pero mi hijo negativo lleva tiempo de existir.

Existe en la gloria trascendental

de que ni sus hombros ni su frente

se agobian con las pesas del horror, de la santidad,

de la belleza y del asco.

Aunque es inferior a los vertebrados, en cuanto que carece de

la dignidad del sufrimiento, vive dentro del mío como el ángel absoluto,

prójimo de la especie humana. Hecho de rectitud,

de angustia, de intransigencia, de furor de gozar y de abnegación,

el hijo que no he tenido es mi verdadera obra maestra."

Ramón aborrecía la vida familiar, de la que decía era "taller de sufrimiento, fuente de desdicha, vivero de infortunio".

Pero el poeta estaba enamorado, siempre estaba enamorado y su horizonte erótico no tenía fin.

Entonces, ¿qué hacía? Oscilar, oscilar:

López Velarde es el poeta de la oscilación.

Ir y venir,
yin y yang,
bien y mal,
tesis y antítesis,
para allá y para acá,
todo lo que va, regresa.

Hombre partido, oscilante, escindido:
un yo dividido en dualidad funesta.

De un lado, el cielo; del otro, el infierno.

EL CIELO

La provincia

El niño

La religión

El amor

EL INFIERNO

La ciudad

El adulto

La sensualidad

El matrimonio

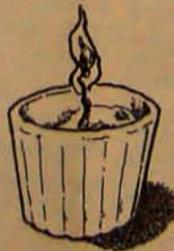
Los verdaderos enemigos de López Velarde eran los puentes, las instituciones que vinculaban su cielo con su infierno: la provincia se une a la ciudad a través del nefasto progreso; el niño se vincula con el adulto a través del tiempo, ese "monstruo delicado" que decía Baudelaire; la religión y la sensualidad tienen en medio al cuerpo; el sueño heroico del amor se convierte en la realidad cotidiana del matrimonio a través de la familia.

Fue seminarista, abogado, maestro, burócrata, paseante solitario y, sobre todo, enamorado, enamorado de amores posibles e imposibles, pansexualista al que todo -artefactos, cuestiones abstractas, ciudades y frutos- se le presenta con "movimientos humanos de esposa":

Dios que ve que sin mujer no atino
ni en lo pequeño ni en lo grande, diome
de ángel guardián a un ángel femenino.

Vivió 33 años. Esos 33 años discurrieron en Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí y la Ciudad de México. Tiempo y espacio reducidos. Todo indica que, por ejemplo, el poeta no conoció el mar, el mar del que "dicen que es menos grande y menos hondo que el pesar". Sin embargo, en un tiempo y un espacio tan reducidos, hizo una poesía alta, moderna, en el borde mismo del más accidentado arte de su tiempo.

"El roce de las ideas, el contacto en una vitrina de las piezas desmontadas de un reloj, los pasos perdidos de la conciencia, el caer de un guante en un pozo metafísico, el esfuerzo de la burbuja, el filamento sanguíneo en una conjuntiva, el vagido de una hormiga que acaba de nacer, el aleteo de una imagen por los ámbitos de la fantasía, el sobresalto de las manecillas al ir a ayuntarse sobre las XII, la angustia del pabito cuando va a gastarse el último gramo de cera, la disgregación del azúcar, el júbilo de las vajillas, el rubor de las sábanas de Desdémona antes de que se vierta su sangre, el recelo de las patas de conejo y de las pezuñas del venado, la pesadumbre del azogue, la espuma veleidoso, la balanza con escrúpulos, la queja repentina de los armarios y el aleteo sincopado de la brisa".



¿Literatura de la Revolución o literatura revolucionaria? En 1916, con *Los de abajo*, Mariano Azuela había proporcionado respuesta a la disyuntiva. En 1921 los cañones parecen haber callado y las caballerías no recorren más, como por arte de magia, distancias inauditas:

"El descanso material del país, en treinta años de paz, coadyuvó a la idea de una patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa. El instante actual del mundo, con todo y lo descarnado de la lucha, parece ser un instante subjetivo. ¿Qué mucho, pues, que falten los poetas épicos hacia afuera? Correlativamente, nuestro concepto de la patria es hoy hacia dentro. Las rectificaciones de la experiencia, contrayendo a la justa medida la fama de nuestras glorias sobre españoles, yanquis y franceses, y la celebridad de nuestro republicanismo, nos han revelado una patria, no histórica ni política, sino íntima. La hemos descubierto a través de sensaciones y reflexiones diarias, sin tregua, como la